DEL SENTIMIENTO DE LA NATURALEZA

Y

DE SU EXPRESION ENTRE LOS POETAS DE LA GRECIA Y DE ROMA.

LOS POETAS GRIEGOS.

Hay muchas maneras de leer los poetas de la antigüedad. Esta es una mina en que se cruzan millares de filones diversos. Mientras que el erudito, el historiador, el anticuario, guiados por una crítica concienzuda y sábia analizan sucesivamente algunos de ellos, otros buscan ante todo la poesía en estos antiguos cantores, pretendiendo coger todavía en toda su frescura la flor divina de la emocion sobre el árbol antiguo cubierto con el polvo de los siglos. No sorprendemos sin una tierna curiosidad, las notas simpáticas que revelan bajo el griego y el romano al hombre y al poeta de todos los tiempos. Esta comunicacion íntima que se establece así entre ellos y nosotros, no es uno de los placeres menos vivos que nos proporciona la lectura de los poetas antiguos, pareciéndonos hallar en ellos los títulos de nuestra fraternidad con las generaciones pasadas. Y ¿cómo pudiera ser de otro modo? ¿No tenemos nosotros á través de todas las edades un patrimonio comun de afecciones, de deseos, de emociones y de penas? En este terreno se dan la mano los siglos. Siempre en el corazon del hombre existen por una parte

el sentimiento profundo de su miseria, de su caducidad; y por otra, la necesidad infinita de vivir y de esperar, de amar y de ser feliz.

«Nunca vivimos; esperamos la vida.»—Y este malestar mismo de nuestra naturaleza es lo que constituye la poesía íntima y eterna. Los grandes poetas no son mas que los divinos intérpretes. Esta es la fuente oculta, pero siempre viva, de la emocion que ellos nos proporcionan. Así, ¡con qué amor te saludamos todavía, oh antiguo Homero, padre de toda poesía! Cuando tú has desarrollado á nuestros ojos el cuadro de las violencias, las pasiones, las proezas de tus héroes primitivos, cuando nos has hartado de matanza, ¡con cuánto acierto sabes despertar nuevamente en nosotros las afecciones primordiales del corazon, ya sea que en los brazos del valiente Héctor suspendas el tierno infante, esperanza de su raza, ya sea que inclines ante el terrible Aquiles la cabeza del viejo Príamo, emblanquecida por la edad y por el dolor!

La religion, la familia, la patria, la idea de la muerte, el espectáculo de la naturaleza han tenido siempre el privilegio de conmover el alma humana. Interrogando á los poetas de la antigüedad sobre estos puntos cardinales del horizonte poético, penetramos en el santuario de sus pensamientos, y les forzamos á entregarnos el secreto de su corazon; mas este secreto no es solo de ellos; es el de su época; es el de una de las edades de la humanidad.

Desearíamos seguir por algunos instantes uno de estos filones íntimos, colocar los poetas de Grecia y de Roma enfrente de la naturaleza en el seno de la cual han vivido, prestar atento oido á los acentos inspirados á la musa antigua por el admirable teatro que se desplegaba ante ella desde las playas del Asia menor hasta las olas del mar de Itaca, desde las orillas de la fecunda y bucólica Sicilia hasta la alta barrera de los Alpes itálicos. La musa moderna se apodera tambien de estos paises, y esta circunstancia puede facilitarnos, por medio de la comparacion, la apreciacion de los antiguos. Musa extranjera, hija del Norte, ha llorado sobre las ruinas que los bárbaros habrán causado; pero al lado de estas ruinas ha encontrado una naturaleza eternamente viva y jóven que la ha inspirado dignamente. Si Roma ha venido á ser *la Niobé de las naciones*, la Parthenope de Virgilio ostenta todavía á nuestras encantadas miradas su risueño adorno de flores y los contornos armoniosos de su golfo; si las obras clásicas del arte griego pueblan las brumosas metrópolis de la Alemania y de la Inglaterra, el divino sol de

los helenos envuelve aun con sus redes de oro los promontorios del Ática. El Parnaso ha perdido su nombre glorioso y olvidado la voz profética de Apolo; pero la noble montaña eleva todavía altivamente hácia el cielo sus vastas colinas cubiertas de bosques y su imponente cima. Así, mientras la mayor parte de los elementos de la vida antigua no llegan á nuestro conocimiento sino por medio de los laboriosos rodeos de la erudicion, poniéndonos con frecuencia de este modo entre la ciencia que analiza y la imaginacion que quiere reconstruir y vivificar, en la alternativa de no tener de lo pasado mas que el esqueleto ó una falaz imágen, hé aquí al contrario una de las fuentes de la poesía de los antiguos que se ha conservado perfectamente intacta. Esta naturaleza que nuestros poetas modernos han contemplado con tanto encanto y emocion, es la misma que se ofrecia á los ojos de Homero y de Virgilio, de Anacreonte y de Horacio. Busquemos, pues, en sus cantos, es decir, en el alma de estos antiguos maestros, el reflejo de las escenas que herían sin cesar su fantasía, y tratemos de descubrir al propio tiempo en qué límites se ha encerrado para ellos la percepcion de las bellezas naturales.

Entre las fuentes permanentes de la poesía, representa la naturaleza un papel muy considerable. En efecto, sea que al hombre primitivo dominado y como fascinado por ella, aparezca cubierta con su velo, temible y poblada de potencias ocultas; sea que en la otra extremidad de la cadena de los siglos abandone á la mirada penetrante de la ciencia una parte de sus secretos, ella es siempre el cuadro en que el hombre se agita, la escena inmutable sobre que se desarrolla la variable trama de sus destinos. Tambien hay, entre el alma del hombre y el universo, accion y reaccion constantes, pero en grados y modos diversos. En la poesía hebráica es admirable el sentimiento de la naturaleza, pero está envuelto y como absorbido en el sentimiento religioso. El poeta rey encuentra acentos sublimes para cantar los esplendores de la creacion; para él la tierra es la peana del Altísimo. Los monumentos poéticos y religiosos de la India antigua, nos muestran la humanidad y la naturaleza viva en una íntima comunion y como envueltas en una vida colectiva. En la Grecia, por el contrario, la personalidad humana permanece perfectamente separada. Este rasgo característico de los helenos se reconoce hasta un grado notable en su mitología, sobre todo tal cual nos aparece en los poemas épicos. El poeta homérico forma los dioses á su imágen. Cada fenómeno, cada agente natural obedece á una divinidad, y esta divinidad

obra por móviles enteramente humanos. Solo su poder la eleva por encima de los mortales. El cielo, las aguas, la tierra se pueblan de estos dioses-hombres, cuyas pasiones, asociadas á las pasiones terrenales, lanzan el rayo ó trastornan las olas. Los dioses del Olimpo de Homero tienen mil lazos comunes con la humanidad, hasta los de la sangre. Bien se conoce que esta mitología ha debido tener nacimiento en la edad heróica de un pueblo nacido para la accion, y llamado á un desarrollo libre, enérgico, humano. Tal vez una consideracion semejante de la naturaleza, llevada al extremo, debiese aminorarla. Entre la mirada del hombre y el inmenso universo se interpone en cierto modo una segunda humanidad; la impresion de las grandes escenas naturales, no tiene así el mismo grado de imponente poder. Es verdad, que aun sin salir del círculo mitológico las ideas religiosas de los griegos se desarrollan de un modo singular segun Homero, ó mas bien, el antiguo poeta no expone en su obra, sobre este particular, todas las ideas de su tiempo (1). Así en la Iliada, Ceres, divinidad cuyo culto era enteramente simbólico, es desde luego desechada de su obra, y los otros dioses, cuyo culto se refiere en cierto modo á la naturaleza, como Júpiter, Juno, Apolo, Vulcano, se hallan presentes en ella bajo su aspecto puramente humano, y como actores de la escena épica (2). La necesidad de dar á la religion un sentido á la vez mas profundo y mas consolador para la humanidad, debió acrecentarse en Grecia con la civilizacion. Por esto se desenvolvió el culto mítico de Ceres y de Proserpina con sus símbolos grandiosos; de aquí tambien provinieron aquellas afiliaciones religiosas unidas por la adoracion comun de Dionisio Zagreus (3), bien diferente del culto descompuesto y libre del Baco popular.

De todos modos, si se toman en su conjunto el elemento mitológico tal como se presenta á nosotros en los poemas clásicos de los siglos florecientes de la Grecia, admira desde luego

(1) Creuzer insiste mucho sobre la existencia de una doctrina secreta y sacerdotal entre los griegos, aun anterior á la edad de Homero (V. Creuzer y Guigniaut, Religiones de la antigüedad, t. 3.º, 1.ª p., c. 2.º, págs. 97 y siguientes.

(2) Manifestamos aquí las impresiones que ha producido en nosotros la lectura de Homero hecha sin ninguna idea sistemática. Sobre la mitología de las epopeyas homéricas, es necesario leer dos notas muy interesantes de Mr. Guigniaut, donde se hallan aproximadas las diversas opiniones de los sábios. Obra citada, t. 2.º, 3.ª parte, nota 7, pág. 1136 y siguientes, y nota 8, §. 3.º, p. 1160 y siguientes.

(3) V. K. Otfried Müller, Geschichte der griechischen literatur, t. 1.º, caps. 2.º y 16; V. tambien sobre Dionisio Zegreus, Creuzer y Guigniaut, obra cit., t. III, 1.ª parte, cap. V., p. 272 y siguientes.

la manera maravillosa con que estos mitos se armonizan con la naturaleza de los sitios que les sirven de teatro. Una multitud de divinidades esparcidas en todos lugares animan la naturaleza á los ojos del poeta, pero no se la ocultan; solo tienden un velo ligero que no desfigura sus bellezas. Cuando Ulises naufraga antes de llegar á la tierra de los pheacios (1), Homero, en una admirable descripcion nos le representa luchando penosamente contra la tempestad, pero Ulises no tiene solo contra sí á los elementos conjurados: en cada ola que se levanta reconocemos la mano de Neptuno encolerizado, y si el héroe escapa de la muerte, es porque una diosa de los mares, Ino Leucothéa, viene en su socorro. Si el Etna es para Píndaro la poderosa columna que pesa sobre el pecho del gigante Tiphon (2), se descubre, sin embargo, á través del mito una pintura sublime de los estragos de los volcanes. Ciertas divinidades tienen el don de despertar las imágenes mas poéticas y mas graciosas; tal es Iris desplegando en los aires su cinturon encantador, la casta Diana (3) guiando sobre el Erymantho su cortejo de ninfas, ó Proserpina cogiendo flores en medio de sus compañeras en los embalsamados prados de Nisa (4). Bajo este aspecto se puede hacer una rica recoleccion en los himnos homéricos. En ellos reina un soplo de inspiracion verdaderamente notable, y el sentimiento religioso del poeta se confunde frecuentemente con un sentimiento vivo y aun profundo de los espectáculos de la naturaleza. Notemos desde luego á Apolo, *el encanto de los mortales*, este dios griego por excelencia, que dispensa la luz y la armonía. El himno antiguo nos le representa amante de los extensos paisages, los altos promontorios desde donde la vista puede recorrer libremente los campos y los mares, como si quisiese mostrar una relacion misteriosa y simpática entre la inspiracion poética y los grandes panoramas de la naturaleza: «¡Cómo te cantaré, armonioso Apolo! A tí, que de todas partes, ya sobre el fértil continente, ya en las islas, atribuyen la armonía; tú amas todos los lugares elevados, las cumbres escarpadas de las altas montañas, los rios que precipitan sus aguas en el mar, las playas inclinadas sobre las olas y los puer-

(1) Odisea, V, v. 282 y siguientes.
(2) Píndaro, 1.ª, pythica, v. 31-55.
(3) Entre mil pasajes se puede ver Odisea, VI, v. 102-108, y Apolonio de Rodas, Argonautas, III, v. 876-885.
(4) Himno homérico á Céres, v. 4-14. Este pasaje es de una gracia inesplicable. El homérida autor del himno á Céres, coloca en Nisa (no se sabe cual) la escena del robo de Proserpina. La tradicion mas general la coloca en el Etna en Sicilia.

tos del Océano (1).» El himno á la luna empieza así: «Musas de voz melodiosa y sábia, hijas de Júpiter, hijo de Saturno, cantad ahora la Luna de alas desplegadas. De lo alto de su cabeza inmortal se deslizan sobre la tierra celestes claridades..... su corona de oro resplandece en la oscuridad de los aires (2)...» A los ojos del poeta, el astro que invoca es una diosa; esto es, un ser real, la madre de la bella Pandia; ¿pero no se entreve aquí un sentimiento verdadero de los explendores de la noche, una especie de recogimiento, y como el recuerdo tierno de una bella noche de verano (3)?

Fuera de los elementos mitológicos, encontramos todavía á cada paso la naturaleza en la poesía de los griegos. La luminosa serenidad del cielo, las líneas variadas y pintorescas de las playas, de las montañas, de los mares, debian obrar sobre la imaginacion de una raza entusiasta de la luz y de la forma (4). Sin embargo, el género descriptivo propiamente dicho, se desenvolvió tarde entre los griegos, y en los tiempos de la decadencia. Un rasgo característico de su brillante época literaria, es la gran sobriedad del pincel en las pinturas de las escenas ó de los fenómenos naturales. Todavía la palabra *pintura* no es tal vez aquí la mas propia. Con mas frecuencia, en efecto, los griegos no *pintan*, no hacen mas que delinear un ligero y rápido bosquejo: ellos no describen nada por el solo placer de describir. En general, en sus obras el elemento dramático, el hombre, ocupa el primer término; la naturaleza el segundo. Pero si no forma mas que el fondo del cuadro, está siempre presente. Es necesario leer con mucha atencion las innumerables comparaciones de que se hallan sembradas las obras de los poetas griegos, para comprender con cuánta inteligencia habian percibido los efectos variados del cielo, de los campos, de las aguas. La mar, sobre todo, esta segunda patria del griego, es una fuente inagotable de vivas imágenes, y de la

(1) Himno homérico á Apolo Délico, v. 19-24.

(2) Himno homérico á la Luna, v. 1-6.

(3) Se podrian multiplicar mucho las citas de este género, porque habria mucho que tomar en los himnos homéricos. El carácter á la vez filosófico y místico de estas composiciones las distingue profundamente de la mitología homérica. La personalidad de los dioses aparece en ella mucho menos distinta, mucho menos humana. La idea dominante, es la adoracion de los elementos y de las fuerzas misteriosas de la naturaleza. Por lo demas, cualquiera que pueda ser la antigüedad de semejantes doctrinas, hay conformidad en reconocer que estos himnos no se remontan mas allá del tiempo de Platon, que algunos deben ser del período alejandrino y aun posteriores á la era cristiana.

(4) Véanse los artículos de M. Ampère: *La poesía griega en Grecia*, al principio del volúmen titulado: *La Grecia, Roma y Dante;* Ampère insiste particularmente sobre la exactitud pintoresca de los poetas griegos. Véanse tambien algunas páginas del *Cosmos* de Humboldt, t. II.

cual reproducen todos los accidentes. Quiere Homero mostrarnos las falanges de la Grecia avanzando apiñadas sobre el enemigo: «Así como las olas del mar, dice, impulsadas por los vientos contra las sonoras playas se levantan unas sobre otras, llegan coléricas de la alta mar, y reventando con estrépito vuelven á elevarse alrededor de los promontorios, y vomitan á lo lejos las espumas de los mares (1).» La Iliada y la Odisea desarrollan á nuestra vista el panorama vivo del mundo homérico. Se siguen con interés las largas narraciones de Ulises al rey de los pheacios. El héroe caracteriza sucesivamente los diversos paises en donde le ha arrojado su destino y la enemistad de los dioses; ya llegue á los pueblos que se alimentan con la flor del loto; ya nos muestre la tierra fecunda de los cíclopes, produciendo espontáneamente la cebada, el trigo, y la vid cargada de racimos; ó la isla flotante de Eolo, ó la estancia de los feroces lestrigones, ó el palacio de Circe que se eleva en un bosque espeso, ó la ciudad de los cimmerianos, á las extremidades del Océano, cubierta de tinieblas y de nubes (2).

Un gran número de comparaciones son tomadas de la vida pastoral ó agrícola. Los poemas primitivos de la Grecia son los monumentos de una época heróica; sin embargo, la tranquila calma de la existencia campestre es vivamente sentida en ellos, y se halla puesta en contraste con la vida turbulenta de los héroes. Basta recordar la permanencia de Ulises en casa del fiel Eumeo (3) á su llegada á Itaca, y las escenas trazadas por el arte de Vulcano en el escudo de Aquiles (4) y sobre el de Hércules (5). En general el aspecto risueño y gracioso de la naturaleza ha sido perfectamente comprendido y con seductora facilidad reproducido por los griegos. ¡Qué cuadro tan encantador nos presenta la *Odisea* en la isla de Calipso! La frescura de las fuentes, el brillo y el perfume de las flores, la graciosa ondulacion de los pámpanos, hé aquí lo que encanta la imaginacion de Homero, y añade: «Ni un inmortal podria ver estos lugares sin admirarse y regocijar su corazon (6).» Lo que domina en la descripcion del jardin de Alcinoo (7), es una especie de abundancia risueña. La idea de la fertilidad y de la riqueza hiere y seduce muy especialmente al poeta: el amor un

(1) Iliada, IV, 422-428.
(2) Odisea, canto IX, X, XI y XII.
(3) Odisea, canto XIV y XV.
(4) Iliada XVIII, v. 541 y siguientes.
(5) Hesiodo, Escudo de Hércules, v. 286 y siguientes.
(6) Odisea, V, v. 59-74.
(7) Odisea, VII, v. 112-132.

poco sensual de los bienes de la naturaleza y de las dulzuras de la vida rústica, se halla perfectamente explicado en la comedia de la *Paz* de Aristófanes, cuando terminada la guerra, se apresta el viñador Trigeo á entrar en su pequeño huerto (9).

En medio de sus fiestas y hasta en sus bacanales, eran aficionados los griegos á coronarse de flores. En el banquete de Platon, cuando Alcibiades embriagado entra bruscamente en la sala en que Sócrates conversaba pacíficamente con sus amigos, llevaba en la cabeza una corona de hiedra y de violetas. Hasta los filósofos buscaban sitios agradables y frescas sombras para conversar con sus discípulos. Así es que Platon nos muestra á Phedro y á Sócrates buscando á las orillas del Iliso un lugar á propósito para sus meditaciones y sus lecturas. Escuchemos un instante su diálogo: «*Phedro.* ¿Pero á dónde quieres que nos sentemos para leer?—*Sócrates.* Vamos por aquí á solas á lo largo del Iliso, y podremos despues sentarnos en donde bien nos parezca en un lugar tranquilo.—*Ph.* Muy felizmente vengo sin calzado, y como tú no lo gastas nunca, podremos muy bien empapar nuestros pies en las aguas, lo cual no carece de encanto y mas en esta estacion y á estas horas.—*Sócr.* Anda, pues, y ve mirando al propio tiempo en donde podremos sentarnos.—*Ph.* ¿Ves ese alto plátano?—*Sócr.* ¡Ah! excelente.—*Ph.* Aquí encontraremos sombra, un poco de aire, y cesped para sentarnos ó acostarnos á nuestro gusto.—*Sócr.* Estamos conformes.—*Ph.* Dime, Sócrates, ¿no fué aquí ó en las cercanías del Iliso, donde Bóreas robó á Orintia?—*Sócr.* Así dicen.—*Ph.* ¿Y no sería en este mismo sitio? porque la onda es atractiva, pura y diáfana, y parece convidar á las jóvenes á jugar en sus orillas (1).....» ¡Qué naturalidad y qué frescura de impresiones!

En Anacreonte, la percepcion de las gracias de la naturaleza es viva y esencialmente voluptuosa. La naturaleza es á la vez el cuadro y el instrumento de sus placeres. Acostado sobre tiernas ojas de mirto y de loto, quiere beber largamente y canta á la rosa, «aliento de los dioses y encanto de los mortales.» El amable poeta reconoce que la vejez avanza, y se apresura á vivir. Si un pensamiento melancólico asalta su mente, le rechaza bien pronto. Lo que ama sobre todo en la naturaleza,

(1) Aristófanes, la Paz, v. 566-581.

(2) Este pasaje de Phedro ha sido frecuentemente notado y particularmente en el *Chariclés* de Becker, primera parte, págs. 218 y 219. Puede verse mas adelante en el diálogo de Platon, en qué términos espresa Sócrates su encanto por la belleza del sitio. V. Platon, *Phedro*, edicion de Becker, págs. 6, 7, 8.

son las tibias brisas de los primeros dias apacibles, es decir, la primavera, tierna, floreciente y sonriendo á sus voluptuosidades (1). Teócrito es un pintor admirable del estío; conoce como ninguno la poesía de la hora de la siesta, cuando el sol abrasa los aires, cuando todas las criaturas están sumidas en una muelle languidez, y un gran silencio reina en los campos. En el sétimo idilio, Simichidas, Eucrito y Aminta, van en un dia de estío á casa de Phrasidamo, situada en el campo, á fin de asistir á las *Thalysias*, fiestas que hacian despues de la recoleccion. El poeta nos los representa caminando hácia el mediodia, bajo los rayos ardientes del sol, «cuando el lagarto duerme en los setos y la alondra moñuda no revolotea ya en los aires.» Llegados á casa de Phrasidamo, se extienden deliciosamente sobre una espesa capa de juncos flexibles y pámpanos frescos acabados de cortar. Los álamos y olmos agitan dulcemente las ramas sobre sus cabezas. No lejos se halla una fuente sagrada que se escapa murmurando de la gruta de una ninfa. «En las espesas ramas del follage, las negras cigarras repetian sin cesar su infatigable canto. A lo lejos se oia el ruido de la rana verde, cuyo silbido salia de un zarzal espinoso; las alondras y gilgueros cantaban; la tórtola gemia; las rubias abejas revoloteaban alrededor de las fuentes; todo respiraba la presencia del rico estío y del otoño; las peras rodaban á nuestros pies; las manzanas caian á nuestro lado y ramos cargados de ciruelas pendian hasta la tierra (2).» No faltarían citas para probar cuánto brillaron los griegos en las descripciones de estos bellos detalles; pero no indicaremos en este género mas que una breve cancion de Meleagro, que hemos tratado de trasladar con toda la fidelidad posible: «Ardiente cigarra, embriagada con las gotas de rocío, cantas en la soledad tu rústica cancion; cigarra de piel negra, encaramada en las hojas y sujeta á ellas con tus dentadas patas, tú haces resonar tu cancion melodiosa. Pero, amiga mia, canta alguna cosa nueva para divertir á las ninfas de los árboles y responder á

(1) Se puede aproximar á la oda de Anacreonte sobre la primavera, la de Meleagro de Gadara, que vivia dos siglos antes de Jesucristo. Sobre este último poeta, puede verse un artículo de M. Sainte-Beuve, *Revista de los dos mundos*, 1845. Píndaro en un ditirambo compuesto en ocasion de las grandes Dionisiacas, canta tambien la aproximacion de la primavera. Puede verse el fragmento de este ditirambo que nos ha sido conservado, y se encuentra en la edicion de Bockh, *tomi secundi pars altera*, págs. 575-576. El uso de celebrar por cantos religiosos el regreso de la bella estacion parece muy antiguo entre los griegos. Véase lo que dice K. Otfried Müller de los *Εἰαρινοὶ παιᾶνες* en honor de Apolo. Obra citada, tomo I, pág. 31.

(2) Theócrito, los *Thalisios*, idilio VII, v. 131-140.

las melodías de Pan, mientras que, huyendo del amor, vengo aquí á buscar el sueño del medio dia, acostado bajo el umbroso plátano (1).»

Esta disposicion de los griegos á mirar con gusto la naturaleza bajo su aspecto luminoso y sereno, explica las pinturas que sus poetas han hecho de los Campos Elíseos. Bien que las ideas de Píndaro sobre el estado de las almas, despues de la muerte, tengan un carácter mas sériamente religioso y mas moral que las de Homero (2), uno y otro, sin embargo, conceden á la estancia de los bienaventurados una naturaleza ideal, un clima eternamente bello, condicion esencial, en su juicio, de una felicidad perfecta. En los Campos Elíseos de Homero, no se encuentran las nieves, ni las lluvias, ni los largos inviernos (3). En Píndaro las almas purificadas habitan la ciudad de Saturno, situada enmedio del Océano, en una isla refrescada sin cesar por los céfiros, cubierta de flores de oro y de una eterna verdura (4).

Acabamos de reconocer entre los poetas griegos un talento notable para disponer los cuadros reducidos y graciosos: podria preguntarse si poseian en el mismo grado la inteligencia del gran paisaje de los horizontes lejanos, y si comprendieron igualmente los grandes espectáculos del cielo y de las montañas. En esto es necesario reconocer que son indudablemente inferiores á los modernos. Lo que constituye en gran parte la belleza de un estenso paisaje, es el *color*, la distribucion de la luz sobre los diferentes planos, la infinita variedad, la gradacion ó el contraste en los matices. Los antiguos parece que retrocedieron ante la dificultad de expresar estos grandes efectos; su paleta es muy limitada; tienen un corto número de colores vivos, determinados, pero no poseen los intermedios, no conocen las medias tintas. No quiere decir esto que sean insensibles á la magestad de los vastos puntos de vista. Reflexiónese sobre la admirable eleccion de los sitios en que elevaron algunos de sus edificios sagrados, tal como el Parthénon, el templo de Minerva en el Cabo Colonna y tantos otros. Por otra parte, la lectura

(1) Analecta de Brunck, tomo I, pág. 32. La antología es una mina; pueden verse, en particular, dos bonitas piezas de Mariano sobre los bosques. Antología de Brunck y Jacobo, tomo III, págs. 212-213.

(2) Véase K. Otfried Müller, ob. cit., t. I, cap. XVI, sobre la poesía teológica.

(3) Odisea, IV, v. 563-568.

(4) Píndaro, 2.ª Olímpica, v. 123-136. Se encuentra una descripcion análoga de la estancia de los bienaventurados en un fragmento de Píndaro que nos ha sido conservado por Plutarco, *Consol. ad Apoll.*, se halla en la grande edicion de Píndaro, por Bockh, *tomi secundi pars altera*, p. 619.

mas superficial de los poetas griegos, bastaria en caso necesario para manifestar lo gratuito de semejante suposicion. Homero compara el brillo deslumbrador de las falanges armadas á las llamas de un incendio que devora un bosque inmenso sobre la cumbre de una montaña (1). No se puede negar que la imágen es grande. En las *Nubes* de Aristófanes, prodigiosa amalgama de buen sentido y de injusticia, del espíritu mas delicado y de la mas baja trivialidad, el coro grotesco de las Nubes, excitado por las invocaciones de Sócrates, hace oir de repente acentos llenos de una suave poesía, y que forman el mas extraño contraste con lo que precede y lo que sigue: «Nubes eternas, movibles, empapadas de rocío, elevémosnos del seno del murmurante Océano, nuestro padre, sobre las cumbres de las altas montañas con cabelleras de bosques, á fin de contemplar las cimas que aparecen á lo lejos, la tierra fecunda y sagrada, los rios divinos y sonoros, y la mar rugiente, para que la vista brillando desde el cielo resplandezca infatigable. Despojemos nuestra forma inmortal de las brumas que la envuelven, y extendamos sobre la tierra nuestras miradas penetrantes (2).» No se puede negar aquí un vivo conocimiento de las vistas del conjunto.

En las narraciones de los viajes marítimos, los poetas se complacen en caracterizar las escenas pintorescas que se desarrollan rápidamente á vista de los navegantes. En el himno homérico, cuando Apolo pythio se traslada á Crisa, el buque que conduce al dios, costea las riberas del Peloponeso para ganar el golfo de Corinto. Sucesivamente se perciben Arena, la amable Argifea, Thryós, en donde el Alpheo ofrece seguro vado, las elevadas murallas de Æpy y la arenosa Pylos. Cuando el navío llega cerca de la isla de Phères, se entrevé en el seno de las nubes la alta montaña que se eleva en Itaca, y Dulichio, y Samos, y Zacinto la frondosa. En fin, aparece el vasto golfo de Crisa, que separa el Peleponeso del resto de la Grecia (3). Segun acabamos de ver, así que el paisaje se ensancha, el poeta griego se contenta con dar la estructura general de él valiéndose de una rápida nomenclatura y de algunos epítetos exactos y selectos. Dice lo bastante para despertar la imaginacion de los lectores, familiarizados con los sitios que

(1) Iliada, II, v. 455-456.
(2) Aristófanes, las *Nubes*, v. 275-290.
(3) Himno homérico á Apolo, v. 421-432. Es curioso comparar este pasaje, al menos en lo concerniente á la vista de la naturaleza, con los acentos del poeta peregrino que costeaba en nuestros dias las mismas riberas. Childe-Harold, canto II, estrofas 39-42.

enumera; pero no los reproduce con su vivo colorido para los que nunca los han visto.

Estas consideraciones pueden explicarnos la razon de no encontrarse en los poetas de la antigua Grecia, extensas descripciones de las montañas y de la salida ó del ocaso del sol. Proviene esto de que para ello es tambien absolutamente necesaria la expresion artistica de los efectos de la luz; y hemos visto ya que faltaba á los griegos, no tanto el sentimiento de ella como los medios de conseguirla (1). En las *Bacantes* de Eurípides, viene un mensajero á contar al coro la muerte de su maestro Penteo, despedazado por las bacantes sobre el monte Citeron. Es este uno de los pocos pasajes en que hallamos entre los vates griegos una montaña, descrita de otro modo que por epítetos. El aspecto salvaje del Citeron, sus pendientes herbosas, cubiertas de espesos bosques de pinos, el valle rodeado de precipicios, donde las bacantes celebraban la fiesta báquica, encuentran colocacion en la narracion animada del mensagero y forman un cuadro muy pintoresco (2). La pureza, la ligereza, la luz trasparente del aire, los esplendores del sol, inspiran á los poetas griegos, y particularmente á los trágicos, acentos que conmueven (3). En una de las obras de Eurípides (4), Ion, hijo de Apolo y de Creusa, y sacerdote de Delfos, viene por la mañana á adornar las puertas del templo con ramas de laurel. Ante él se levanta la masa imponente de la montaña santa que el sol dora con sus primeros rayos. El pontífice, encantado con este magnífico espectáculo, exclama: «Hé aquí la brillante cuádriga del sol, que ya ilumina la tierra. An-

(1) En los διοσημεῖα ó *signos de los tiempos* de Arato, poeta del siglo III, antes de J. C., se encuentran, sin embargo, algunos bosquejos de los efectos de la luz en el cielo, siendo la coloracion de las nubes una de las circunstancias que sirven para asegurar el tiempo. Pero estas descripciones son en general de una sequedad enteramente didáctica. Debe notarse que la *pintura del paisaje* no fué enteramente extraña ni á los griegos ni á los romanos, como lo prueban las pinturas antiguas de Roma y del Herculano que han llegado hasta nosotros. Parece, no obstante, que era sobre todo la figura la que los antiguos pintores griegos se dedicaban á reproducir. Luciano declara que lo que él busca en los cuadros no son ciudades ni montañas, sino hombres, queriendo indicar con esto el aire, las actitudes, lo que hacen y lo que dicen. El género del paisaje tendió á desarrollarse desde la época imperial, por la moda que se estableció de decorar las paredes de los aposentos con pinturas al fresco, representando estanques, marinas, bosques, etc. Véase Winckelmann, historia de las artes entre los antiguos, t. II, libro IV, capítulo VIII.

(2) Eurípides, Baccantes, v. 1046-1050. V. tambien la invocacion del coro á Citeron en los Phenicios.

(3) V. las invocaciones al sol; Sophocles, Trachiniano, v. 94-102, y Antigono, v. 100-105.

(4) Eurípides, Ion, v. 82-88.

te sus fuegos, los astros del éter se refugian en la noche sagrada. Las cimas inaccesibles del Parnaso, alumbradas por sus rayos, son holladas por las ruedas de su carro que lleva la luz á los mortales.» El sacerdote ve primero á su Dios; pero la inspiracion religiosa se une aquí evidentemente á un íntimo sentimiento de la naturaleza.

El pasaje del himno á la luna que hemos citado mas arriba, bastaría en caso necesario para probar que la *poesía de la noche* no fué extraña á los griegos. Las bellezas del cielo estrellado han inspirado á sus poetas muchas de sus mas bellas comparaciones. La vista del campo troyano, dormido y alumbrado por los fuegos, sugiere á Homero esta bella imágen: «Tales los astros, en su encantadora belleza, aparecen en el cielo alrededor de la brillante luna, cuando ningun soplo agita los aires; se perciben distintamente las alturas, las cimas de las montañas y los bosques; el velo etéreo del cielo parece entreabierto, y ninguna estrella se oculta á las miradas; el pastor se regocija en su corazon; tales ante los muros de Ilion, entre la flota y las riberas del Xanto, se veian centellear en el llano los mil fuegos del campo troyano (1).» En el poema de los Argonautas, cuando Jason combate los guerreros que nacen del seno de la tierra, el número de los adversarios del héroe es comparado á esos millones de estrellas brillantes que se presentan sobre el cielo del invierno, cuando la nieve cubre la tierra y los Austros han barrido las nubes (2). En el mismo poema se encuentra este pequeño cuadro de la noche, que ofrece un rasgo verdaderamente tierno: «La noche esparce sus sombras. Los marineros en la mar contemplan desde el puente de su navío las constelaciones de la Osa y de Orion: los viajeros y los guardas de las puertas buscan sus lechos: sin duda alguna madre, llorando sus hijos muertos, cierra sus párpados al peso de un fatigoso sueño; no se oyen en la ciudad los ahullidos de los perros, ni el clamoreo de la muchedumbre: en todas partes reinan las tinieblas y el silencio (3).» ¿No ha comprendido perfectamente y explicado el poeta aquella gran calma que reina en la naturaleza, cuando todo cede al poder del sueño, Dios tambien invocado por Ovidio?

Somne, quies rerum, placidissime somne deorum,
Pax animi, quem cura fugit.....

(1) Iliada, VIII, v. 555-562.
(2) Argonautas de Apolonio de Rodas, III, v. 1359-1362.
(3) Argonautas de Apolonio de Rodas, III, v. 744-750. Tambien puede verse el 6.º y el 8.º canto de los himnos órphicos, que son invocaciones á la noche, á los astros y á la luna.

Si los griegos, tan grandes maestros del arte, no han sabido ó no han querido trazar en sus cuadros los mil juegos de la luz y de los colores, sobresalen, en cambio, en la reproduccion de todo lo que es *ruido y movimiento*; las tempestades, la agitacion de las olas, las ráfagas impetuosas de los vientos que se combaten, la fuga rápida de las nubes impulsadas por el huracan. Su lengua les suministra admirables onomatopeyas, presentando en semejantes escenas puestas en accion, la naturaleza misma. El genio épico y el talento narrativo de los griegos, se prestan maravillosamente á pintar igualmente las situaciones de la humana vida: tales son, por ejemplo, las luchas y combates en que supieron derramar tanta verdad como belleza. Los poetas épicos, en particular, sacan de estos sublimes espectáculos de la naturaleza multitud de imágenes que repiten con señalada complacencia. Quiere Homero trazar el tumulto de la asamblea de los griegos conmovida por los discursos de Agamenon, y la compara á un bosque de espigas que se inclina al soplo rápido del céfiro, ó á las olas del mar de Icara, cuando el Euro y el Noto han conmovido la superficie (1). El contraste de la inmobilidad y del movimiento sugiere tambien muchas comparaciones. Diomédes, Ulises y los Ayax, esperando á pie firme el choque de los troyanos, son comparados á esas nubes preludios de la tempestad que Júpiter suspende inmóviles, alrededor de las cumbres de las montañas, cuando los vientos se hallan en calma (2). Jason sosteniendo intrépidamente el combate de los toros mágicos, es semejante á una roca inexpugnable en medio de las olas sublevadas del Océano (3). Las descripciones de las tempestades son numerosas y algunas muy bellas (4). Nada iguala á la agreste grandeza de la escena que termina el *Prometeo encadenado* de Eschilo, cuando Júpiter fulmina sus rayos contra el Titan sobre su roca: «la tierra tiembla, el trueno estalla y amenaza, el relámpago ilumina el espacio con sus espirales de fuego; el polvo se eleva en torbe-

(1) Iliada, II, v. 144-148.
(2) Iliada, V, v. 522-526.
(3) Argonautas de Apolo, III, v. 1294-1295.
(4) Basta nombrar la Odisea. Podemos indicar en los Argonautas una bella descripcion de una tempestad en el mar, II, v. 1100-1122. En este poema que pertenece á la época alejandrina, el elemento descriptivo tiende visiblemente á su desarrollo, á pesar de los límites que le prescribe el género. En las *Posthemérica de Quintus de Smyrna* (siglo VI despues de J. C.), eco lejano y muy debilitado de la gran poesía de Homero, representa la naturaleza, igualmente, un papel bastante importante; pero esta es ya una poesía secundaria ó mas bien *terciaria*. El poeta se surte en un arsenal de descripciones é imágenes aprovisionadas de larga data. La gracia griega no ha desaparecido del todo, pero la fuerza viva y creadora no existe.

llinos, los torbellinos mugen, luchando unos contra otros; el viento y la mar se confunden en este cáos (1).» Tambien puede leerse en el *Agamenon*, del mismo poeta, la narracion de la tempestad que asaltó á la flota griega á su regreso de Troya. Este es un cuadro notable por su desnudez y su realidad enérgicas (2).

Los poetas griegos nos han dejado algunas descripciones del invierno, las cuales son tan vigorosas que parecen aplicarse mas bien á las frias regiones del Pindo, á algunos altos valles de la Macedonia ó de la Tracia, que al clima general de la Grecia. Si hemos de creer á los viajeros modernos, los hielos son raros y escasos en Beocia; en el Epiro se dejan sentir las primeras impresiones del invierno en enero ó febrero, cuando florecen los almendros (3). Pero es necesario no olvidar que las descripciones de que hablamos, son debidas á hombres meridionales, cuya imaginacion viva debia afectarse desagradablemente con el contraste de estos rigores pasajeros, con la dulzura habitual de la temperatura. La mas circunstanciada y mas célebre de las que han llegado hasta nosotros es la obra del cantor grave y melancólico de Ascra, la cual se encuentra en el *Poema de los Trabajos y de los Dias* (4). Es esta una enérgica pintura de todos los meotoros invernales: «Huid, dice, dias malos, funestos á los bueyes, y los tristes hielos que se forman al soplo del Bóreas. Acudiendo de la Tracia, criadora de caballos, alborota el vasto mar, y hace retumbar la tierra y los bosques. Las encinas de elevada copa, y los fuertes pinos, caen en tropel en los valles de las montañas; el inmenso bosque muge entonces todo entero.» «Al pasar este soplo glacial sobre las campiñas, el anciano siente mas duramente el peso de los años que le encorvan: los hombres caminan con la cabeza inclinada y las espaldas encorvadas como los ancianos, deslizándose cuidadosamente sobre la blanca nieve; los mismos animales tiemblan, no bastándoles sus pobladas pieles para resguardarlos del frio, y se ocultan en sus guaridas y en las cavernas de las rocas.» ¿No parece que somos transportados bajo el cielo del Norte? Ignoramos qué mas pudiera decirse, para caracterizar el invierno de la Finlandia.

(1) Eschilo, *Prometeo encadenado*, v. 1117-1124; edicion Blomfield, pág. 95.
(2) Esquile, Agamenon, v. 633-746; edicion Blomfield, p. 65-66.
(3) Viajes por la Grecia, de Pougueville, *passim*, y notablemente t. II, págs. 259 y siguientes. Y sobre el clima del Attica, tomo IV, p. 98.
(4) Vers. 502-561. Se ha agitado la cuestion de saber si Hesiodo es el verdadero autor de esta descripcion; sin embargo, en ella se cree encontrar el carácter de una alta antigüedad.

Alceo nos muestra tambien las escarchas descendiendo del cielo y el curso de las rios suspendido; pero procura evitar cuerdamente aquellos rigores. Algunos buenos haces de leña en el hogar, vino generoso á discrecion, y un gorro que abrigue bien, le hacen soportarlos con paciencia (1). En uno de los breves fragmentos que por lo general se insertan á continuacion de las obras de Homero, y que llevan su nombre, se encuentra la expresion de un sentimiento muy análogo: «Los hijos son la corona de su padre, las torres son la corona de una ciudad; los caballos son el ornamento de los prados, los bajeles el adorno de los mares; los muebles constituyen la grandeza de una casa; los augustos reyes sentados en las asambleas, son un espectáculo digno para los pueblos; pero mas dulce es la vista de esta casa, cuando luce la llama en el hogar en un dia de invierno en que Júpiter derrama la nieve.» Hénos aquí en medio de la antigua Grecia conducidos á la poesía de los hohogares domésticos.

En cuanto al otoño, que tan felizmente ha inspirado á los modernos, pasa casi inapercibido para las poetas griegos. Al menos se buscarían en vano algunas descripciones algun tanto extensas. Ni se detienen á examinar las gracias melancólicas de la naturaleza expirante; ni saludan con voz conmovida los últimos soles de noviembre, *los bosques coronados por un resto de verdura, las hojas amarillentas esparcidas sobre el césped*. Tal vez sería necesario tener en cuenta hasta cierto punto la diferencia de los climas. El otoño del Norte ofrece una poesía íntima y profunda que no puede presentar en igual grado bajo un cielo mas templado. El verdadero invierno es una imágen de la muerte, y los últimos vales de la vegetacion tienen allí un carácter mas triste y mas tierno. La primera está muy lejos todavía y nosotros pasamos muy pronto. Pero bajo el cielo de Nápoles y de la Grecia, el duelo es rara vez completo. Muchas especies de árboles verdes conservan durante la mala estacion su follage brillante y lustroso; la naturaleza ofrece el espectáculo de una vida casi no interrumpida, y la primavera sucede muy pronto á las últimas hojas del otoño. «Las generaciones de los hombres, dice Homero, se suceden como las de las hojas; el viento se lleva unas y las esparce sobre la tierra, pero el verde bosque produce otras nuevas, cuando viene la estacion de la primavera. Así sucede con los hombres, una gene-

(1) Alcœi fragmenta in Pœtarum græcorum sylloge, t. XV; lyrici græci curante Boissonade, fragmento 1.°

racion se eleva y otra desaparece (1).» Aquí, como se ve, la idea de reparacion está contrapuesta á la de destruccion. Lo que admira mas á Homero, no es la muerte, sino la vida, llenando sin cesar los vacíos que aquella produce.

Se engañaría, por lo demas, quien creyese que la vista melancólica de la naturaleza era enteramente estraña á los griegos, quienes habian percibido perfectamente las relaciones que existen entre los fenómenos variables del mundo y las vicisitudes de nuestra propia existencia. De aquí tomaron un nuevo órden de imágenes respecto de la naturaleza, como el que dejamos examinado; pero distinguiéndose esencialmente de estas últimas en que tienen por objeto aclarar y hacer sensible una idea moral. «Mortales de vida oscura, exclama Aristófanes, vosotros que naceis y morís como las hojas (2)!» «Las penas y los placeres, dice Píndaro, asedian al hombre alternativamente como corrientes contrarias.» Y en otra parte volviendo á la misma idea, invita á los mortales á aprovecharse cuerdamente de los beneficios que los dioses les conceden, «porque, dice, son inconstantes los soplos de los vientos del cielo (3).»

Así, despues de haber visto con cuánta vivacidad impresionaba la naturaleza los sentidos de los griegos, llegamos á preguntarnos con qué lenguaje hablaba á su alma. En semejante indagacion, es preciso no olvidar que los dos términos constantemente presentes, á saber, el hombre y la naturaleza, obraban el uno sobre el otro, estando desde luego manifiesta la influencia del *Yo*, porque si no existiese, las impresiones que nos vienen del exterior, serían siempre perfectamente directas y análogas á los espectáculos que nos hieren, lo cual no se verifica. El alma humana es un espejo tan pronto diáfano y transparente como turbio y empañado, y las sombras que se reflejan en él sufren la influencia de estas alteraciones. El gozo del corazon en los felices momentos en que luce en nosotros el sol interior, transforma todo lo que vemos; el dia es mas brillante, el cielo mas puro, las olas mas frescas y mas agradables. Tal es la irradiacion del alma sobre la atmósfera, en medio de la cual se esparce: vienen las horas malas, y estas gracias de la naturaleza, que cuadraban tan bien á nuestra felicidad, se nos hacen importunas.

(1) Iliada, VI, v. 146-149 M. Hornung aprecia lo mismo el sentido de este pasaje.
(2) Aristófanes. Los Pájaros, v. 685.
(3) Píndaro, 2.ª Olímpica, v. 55-64 y 3.ª Pythica, v. 186-188.

«Que le tour du soleil où commence ou s'achève,
D'un œil indifférent je le suis dans son cours;
En un ciel sombre ou pur qu'il se couche ou se lève,
Qu'importe le soleil? Je n'attends rien des jours.»

Por lo demas, esta predominacion del *Yo*, esta especie de psicologia poética por la cual se toma á sí mismo el poeta moderno por objeto de sus cantos, esta vista enteramente subjetiva y personal de la naturaleza son estrañas al espíritu de la antigua poesía griega, debiendo encontrar su desarrollo natural en una edad de individualismo y de análisis.

Pero la naturaleza tiene tambien su elocuente voz que impone algunas veces de un modo irresistible á la imaginacion del hombre, y entonces puede presentarse bajo dos aspectos diversos: ó bien el poeta es impresionado por el curso eterno del universo, de su marcha implacable, abrumadora; ó bien por el contrario, se le presenta la naturaleza bajo su aspecto simpático á la humanidad, como la amiga y la consoladora del hombre. El primero de estos puntos de vista ha sido perfectamente comprendido y expresado por los modernos. «¡Oh! sol, exclama el cantor de los Mártires (1), desde el trono elevado en que diriges una mirada aquí abajo, ¿qué te importan nuestras lágrimas y nuestras desgracias? Tu orto y tu ocaso no pueden ser turbados por el soplo de nuestras miserias; con los mismos rayos alumbras al crímen y á la virtud; las generaciones pasan, y prosigues tu curso!»

Los poetas griegos no ponen nunca tan en presencia la humanidad movible, débil, pasagera, y la naturaleza á su vez sombría ó serena, pero obediente á unas leyes inmutables, estraña é indiferente á nuestras pasiones y á nuestros dolores. Por momentos, sin embargo, parece que Homero ha comprendido como por instinto este poético contraste. En el VII canto de la Iliada hacen los griegos y los troyanos una tregua para sepultar los muertos. El poeta que nos describe en tiernos versos esta lúgubre escena, la alumbra desde los primeros albores de la mañana. «El sol, dice, hería los campos con sus primeros rayos. Salido de las olas del profundo Océano, subia al cielo (2).» ¿No parece que ha querido expresar de una manera sublime el contraste de la tristeza de los hombres con el sereno esplendor de la naturaleza? Tal vez puede atribuirse una intencion análo-

(1) Chateaubriand; Los Mártires, al principio del libro XXIV. Véase tambien V. Hugo, Las hojas del otoño, la pieza intitulada: *Lo que se percibe sobre la montaña*, y en los Rayos y las sombras, la Tristeza de Olimpio; Byron, las últimas estrofas del peregrino de Child-Harold sobre el Océano, etc.

(2) Iliada, VII, v. 421-423.

ga al brillante rasgo en que el viejo sacerdote Chrysés, rechazado con dureza por Agamenon, deja el campo de los griegos con la desesperacion en el corazon por no haber obtenido su hija: «El se fué silencioso á lo largo de las riberas del rebramante piélago.» Βῆ δ' ἀκέων παρὰ θῖνα πολυφλοίσβοιο θαλάσσης. La sublimidad de este verso ¿no consiste en el contraste que forma el dolor mudo del anciano, con aquella grande monotonía é indiferente voz con que el Océano atronaba sus costas? En los trágicos se encuentra siempre contraste entre la belleza de la escena y la terrible grandeza del drama humano que se desarrolla, pero esa contraposicion no viene á ser un tema para el poeta.

En general la naturaleza ha hablado al corazon de los poetas griegos bajo su aspecto simpático. Cuando las campiñas se esmaltan en la primavera con sus mil flores, les parecen *sonreir*, y esta encantadora espresion que se encuentra tan á menudo en sus versos, revela todo un mundo de sentimientos vivos y delicados. «Al levantarse la Aurora (sobre la tierra de los feacios) disipaba con sus divinas claridades la oscuridad de los aires; se veian *sonreir* las riberas de la isla y los senderos lejanos de la llanura enteramente bañados de rocío (1). En el himno homérico *A Ceres*, Júpiter, para complacer á Pluton, hace brotar narcisos de las pisadas de la deidad de tez de rosa, «flor brillante y maravillosa, objeto de admiracion para los mortales y para los dioses! Cien tallos se lanzan de su raiz y embalsaman los aires. El vasto cielo, la tierra entera y las amargas olas del Océano parecen *sonreirle* (2).» Si el poeta está entristecido, vuelve tambien sus ojos á la naturaleza, y le presta vida y sentimiento para hacerla partícipe del duelo de su alma: «Oh valles, exclama Moscho, olas dóricas, gemid tristemente conmigo; rios, llorad al amable Bion; gemid plantas, y vosotros, bosques, flores, espirad sobre vuestros tronchados tallos (3)!»

Entre los trágicos es donde principalmente debe buscarse la espresion admirable de esta tendencia general del hombre conmovido, á personificar la naturaleza y á tomarla en cierto modo por compañera de sus gozos ó de sus dolores. Philoctetes, abandonado de los dioses y de los hombres, apostrofa en su desesperacion á las rocas y las playas de su isla (4). «¡Oh pura luz, exclama la Electra de Sófocles, aire esparcido sobre toda

(1) Argonautas de Apolonio de Rodas, IV, v. 1170-1173.
(2) Himno homérico á Céres, v. 10-14.
(3) Elegia de Moscho sobre la muerte de Bion, v. 1-4.
(4) Sófocles, Philoctetes, v. 936-940.

la superficie de la tierra, qué de veces habeis escuchado mis gemidos y mis llantos (1)!» Prometeo encadenado sobre su roca, toma á la naturaleza entera por testigo de sus tormentos (2): «Divino éter, y vosotros vientos de rápidas alas, ondulaciones innumerables de las olas del mar, disco del sol, de cuya mirada nada se escapa, ved lo que los dioses hacen padecer á un dios!» En la *Hecuba* de Eurípides, en el momento en que Polixena va á ser inmolada á los manes de Aquiles, dirige á su madre esta tierna despedida: «¡Oh madre mia muy amada! dadme esa mano querida, aproximad esa mejilla á la mia, porque ya no volveré á ver los rayos de ese disco del sol que contemplo por última vez (3). Recibid mis últimas palabras, oh madre mia! ¡Oh tú que me has dado el ser! yo voy á descender á las regiones infernales (4).» De este modo, al sentimiento de la juventud, de la belleza, de la vida, de tantos lazos del corazon que van á romperse, mezcla todavía Polixena el de este espléndido luminar de los cielos, á quien saluda con sus últimas miradas.

Esta tierna afeccion hácia la naturaleza se reconoce mas todavía en la espresion que los poetas han dado al amor de la patria. Lo que nos une al suelo natal, no son únicamente los mil lazos de la familia, de la amistad, de la educacion: son tambien los sitios amigos, los horizontes con que estamos familiarizados, esa naturaleza maternal que ha sonreido á los juegos de nuestra infancia. Los griegos no eran estraños á este sentimiento profundo que encadena al hombre á ciertos lugares con una especie de afeccion filial. ¿Hay necesidad de recordar el coro verdaderamente inspirado, en que los ancianos de Colona celebran la belleza encantadora de su patria (5)? En el *Agamenon* de Eschilo, el héroe al entrar en sus hogares despues de diez años de ausencia, saluda con enagenamiento la tierra y el sol de Argos (6). En el *Ayax* de Sófocles, el coro, compuesto de marineros de Salamina, gime por la prolongacion de la guerra que retiene á los griegos delante de Troya, y mezcla á su sentimiento el tierno recuerdo de su tierra natal,

(1) Sófocles, Electra, v. 86-88. Se pueden ver las observaciones de Patino sobre este pasaje, en sus Estudios sobre los trágicos griegos, tomo II, página 184.

(2) Eschilo, Prometeo encadenado, v. 88-92, edicion Blomfield, p. 10.

(3) «L'air est si parfumé! la lumièr est si pure!
Aux regards d'un mourant le soleil est si beau!»

(4) Eurípides, Hecuba, v. 409-414.

(5) Sófocles, Œdipo en Colona, v. 668-719; véase á Patino, *Estudios sobre los trágicos*, tomo II, p. 121, y el elogio de la Atica que hace el coro en la Medea de Eurípides, v. 820-841.

(6) Eschilo, Agamenon, v. 486 y siguientes, edicion Blomfield, p. 52-53.

de las alturas de Sunium coronadas de bosques y combatidas por las olas (1).

Los lugares en que hemos vivido largo tiempo, aquellos mismos que han sido testigos de nuestras penas, nos son con frecuencia queridos, y tienen para nosotros los encantos de una segunda patria, pareciéndonos que al dejarlos abandonamos alguna parte de nuestra alma.

El grande, el profundo Sófocles lo habia comprendido así, cuando nos representa á Philoctetes dejando aquella isla de Lennos en que habia sufrido tanto: «Adios, dice, tú que me has servido de abrigo; adios ninfas húmedas de los prados, escollo formidable del Océano, promontorio en que con frecuencia ha sido rociada mi cabeza por la espuma de las olas levantadas por el Noto, cuando asaltado por la tempestad oia al eco del monte Hermœum repetir mis gemidos, y vosotras, ¡oh fuentes de dulce líquido! Yo os dejo; ¿lo hubiera nunca podido creer? ¡Adios, suelo de Lennos rodeado por la mar (2)!»

Hablando al principio de estas páginas del elemento mitológico considerado en la poesía, hemos procurado sobre todo el manifestar que se habia conciliado con un sentimiento muy vivo y espontáneo de las bellezas pintorescas de la naturaleza en toda su realidad. Ahora será necesario seguir en los poetas las trazas de los *sentimientos religiosos* inspirados por esta realidad; siendo esta indudablemente la fase mas vasta de nuestro asunto. En ella habria abundante mies, particularmente en Hesiodo, en los himnos homéricos, en Píndaro, en los trágicos (3), en Calímaco y en los himnos órficos. Pero para emprender con algun fruto una indagacion de este género, sería necesario determinar las fases del pensamiento religioso entre los griegos, remontándonos hasta la época en que el hombre inclinado hácia la tierra y desgarrando el seno de aquella μετεο, su divina nodriza, se elevó poco á poco por la contemplacion de los misteriosos fenómenos del mundo físico, á un sentimiento de adoracion indeterminada; es decir, que esto sería en el fondo bosquejar la historia íntima de la mitología griega, cuyo punto de partida fué la deificacion de la naturaleza material. Tal estudio ha sido comprendido, por otra parte, con una ciencia admirable, y excede desde luego de los límites del presente artículo.

(1) Sófocles, Ayax, v. 1217-1222. Véase tambien la despedida de Hipólito á su pais, cuando es arrojado de Atenas por Teseo; Eurípides, Hipólito, v. 1108-1111.

(2) Sófocles, Philoctetes, v. 1453-1464.

(3) Sobre la marcha de las ideas religiosas y filosóficas entre los trágicos griegos, se puede ver á Patino, obra citada, primer volúmen, p. 33.

La poesía religiosa de los modernos, heredera del *monoteismo* hebráico, considera á la naturaleza como un vasto organismo que obedece a la voz de un Dios único, inmaterial, y colocado por su esencia fuera de la naturaleza que solo es obra suya. Tal manera de considerar el mundo físico y la divinidad, separándolos tan profundamente como lo está la materia del espíritu, parece muy estraña al genio religioso de los griegos; y sin embargo, al decaimiento de su grande literatura, cuando de todas partes se desenvolvian sistemas filosóficos que volvian á recoger en las obras antiguas los antiguos mitos ó se libertaban del yugo de ellos, un filósofo, un poeta de la escuela estóica, pronunció tales acentos, que se creerían hijos del éxtasis piadoso de un judío ó de un cristiano. Creemos no poder terminar mejor nuestro ensayo que citando el principio del bello himno de Cleante á Júpiter (1): «¡Oh el mas glorioso de los inmortales, tú que llevas mil nombres, eterno y omnipotente, Júpiter, soberano guia de la naturaleza, que gobiernas todas las cosas con órden, yo te saludo! Porque es permitido á todos los hombres invocarte; nosotros somos tus hijos (2), nosotros que, solos, tenemos el don de la palabra, nosotros todos mortales que vivimos y peregrinamos sobre la tierra. Por esto te cantaré y celebraré eternamente tu poder. Todo este mundo que se desarrolla alrededor de la tierra, sometido voluntariamente á tus leyes, sigue dócilmente todos los caminos que le indicas, porque tienes en tus manos invencibles el rayo de doble corte, ardiente, inmortal, y todo en la naturaleza tiembla bajo sus golpes. Por ella diriges esta ley universal que circula en todas partes, ligada á los mas grandes como á los mas insignificantes fenómenos. ¡Tal es tu grandeza suprema, soberano del mundo! Nada se cumple sin tu voluntad ¡oh Dios! ni sobre la tierra, ni en el Océano, ni en los espacios divinos de la bóveda etérea, nada, excepto los crímenes de los inícuos en su

(1) Cleante nació en Assos en la Troada, fué discípulo y sucesor de Zenon el estóico (264 años antes de J. C.). El himno á Júpiter nos ha sido conservado por Stobée. Aquí damos la traduccion de los veintiun primeros versos con arreglo al testo de Coray: *Epicleto*, *Cebes* y *Cleante*, publicados en griego por Coray, con la traduccion francesa de los dos primeros, 1826, en 8.º El resto del himno no es menos notable que el principio por la elevacion y la pureza de sus ideas morales, que han dado lugar á comparaciones interesantes con diversos pasajes del Nuevo testamento.

(2) Un poeta contemporáneo de Cleante, Aratus, habia dicho lo mismo y en los mismos términos, y á este pasaje, sin duda, y al de Cleante, hizo alusion San Pablo ante el areópago de Atenas. (Actas de los Apóstoles, XVII, 28). Todas estas ideas de un Dios supremo, paternal, regulador, presente en todas partes, se hallan expresadas al principio de los ***Fenómenos*** de Aratus.

demencia. Pero tú eres quien das á todas las cosas sus justas proporciones; tú quien coloca el órden en lugar del desórden, y concilias los principios contrarios. De este modo, combinando en un todo armónico los bienes y los males, impones á este gran todo una ley única y eterna (1).»

¡Qué distancia de esta nocion sublime de la divinidad, al Júpiter de Eschilo, rigorosamente subordinado al destino, y celoso de los beneficios acordados á los mortales por Prometeo! Dos mil años despues, un gran poeta no encontraba otros términos para espresar un impulso de religiosa adoracion.

Salut, principe et fin de toi-même et du monde,
Toi qui rends d' un regard l' immensité féconde;
Ame de l' univers, Dieu, Père, Créateur,
Sous tous ces noms divers je crois en toi, Seigneur...

Suspenderemos aquí este bosquejo, insuficiente, sin duda, para demostrar la importancia de este asunto que no está mas que desflorado; y abandonamos á mas hábiles plumas la tarea de tratarle con el esmero y estension que merece. Nosotros hemos prescindido de toda la literatura griega posterior á la era cristiana, y no porque deje de ofrecer desarrollos muy interesantes. Desde el siglo IV antes de J. C., el elemento descriptivo tendia á desenvolverse en todos los géneros. Esta tendencia se ha notado ya como muy sensible en un poeta dramático, Chœremon, que vivió hácia la sétima Olimpiada (unos 380 años antes de J. C.). Complacíase en describir la belleza de las mujeres y la de las flores, y en esto se distingue mucho de los grandes trágicos (2). El género didáctico conquistó tambien un lugar señalado en la literatura, y llegó á ser poco á poco dominante desde el período alejandrino. En fin, si quisiéramos seguir la poesía degenerada de los griegos subyugados, sería necesario tomar en cuenta las ideas nuevas que se introdujeron en el mundo con la era imperial y la influencia mas ó menos grande que pudieron ejercer sobre la vista de la naturaleza. Tal estudio es estraño á nuestro objeto, que se reduce á colocarnos frente á frente de la Grecia antigua, de aquella Grecia animada todavía por el soplo creador del genio.

J. Barbezat.

(1) Esta mira tan elevada y clara de un Dios moral y personal, no se encuentra en igual grado en las obras filosóficas de Cleante, si hemos de juzgar por lo que nos dice Ciceron: Cleanthes autem qui Zenonem audivit una cumeo quem próxime nominavi, tum ipsum mundum deum dicit esse tum totius naturæ menti atque animo tribuit hoc nomen, tum ultimum et altissimum, atque undique circumfusum et extremum omnia cingentem atque complexum ardorem, qui acter nominetur, certissimum deum judicat. (De natura deorum, I, 14).

(2) Véase K. Otfried Müller, obra citada, tomo II, p. 188.